

## **SOBRE CIERTAS CARTAS APÓCRIFAS ENTRE SÉNECA Y SAN PABLO**

---

MARTÍN A. DÍEZ URUEÑA  
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

---

Se ha llegado a decir, (véase *Orígenes del Cristianismo*, editado por A. Piñero, Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid, en edic. "El Almendro", Córdoba, 1995), que el primitivo cristianismo vino a ser como un lago donde vertieron sus aguas diversas fuentes del pensamiento coetáneo, ciertamente, de muy diversas procedencias.

Naturalmente que el caudal más importante que formara este supuesto lago procedería de la tradición judáica. Y esto es así porque el propio profesor Piñero opina que el mismo cristianismo no fue otra cosa, al menos en sus principios, que ese caudal judáico más las otras aguas añadidas de otras procedencias que señalaremos después, (aunque muy someramente, dada la brevedad de esta comunicación).

Pero además, algunas de estas aguas que hemos llamado *añadidas*, pasaron directamente a ese caudal judáico, desde lejanos tiempos incluso, y así, fue dentro de este amplio caudal como pasaron al primitivo cristianismo.

Tal, por ejemplo, las concepciones de *tipo apocalíptico*, (Los Profetas, entre otras) y cuya traslación al naciente cristianismo se ponen de manifiesto a lo largo del período de la gestación de éste, es decir, a todo lo largo del siglo I d. de C.

El llamado *dualismo*, (o sea, la lucha entre el Bien y el Mal, con el triunfo final del primero frente al segundo, en el final de los tiempos) tiene su equivalencia en las creencias iránicas, conocidas en libros como el *Avesta*, y otros posteriores, de aquellas lejanas religiones. De forma tal que figuras como el Satán de los Evangelios equivale al Belial de los iraníes y otras como "Los ángeles de tinieblas" o cohorte de demonios que ayudan al Mal, y que al fin serán derrotados, se identifican, es decir, son equivalentes a tales concepciones apocalípticas de los propios textos bíblicos.

Y esto no debe extrañar si se tiene en cuenta: a) que el pueblo hebrero estuvo sometido a esclavitud más de 500 años a. J.C. en Babilonia y b) que ambas tierras, Palestina y Mesopotamia, fueron a su vez sometidas, primero por los persas y luego por Alejandro Magno. Estas, digamos, *peripecias históricas* darían lugar a

intercambios en las ideas entre ambos pueblos.

Llegados ya los tiempos del *helenismo* son otras las ideas que van a influir en todos los pueblos, puede decirse, cercanos al Mediterráneo.

Puede decirse que las *ideas platónicas* constituyen un ingrediente importante ya que se consideraba que el propio Platón con su concepción del Mundo Superior de las Ideas y, sobre todo, su suprema Idea del Bien llevó el pensamiento a los propios principios del *monoteísmo*, coincidente por tanto, con lo principal de la concepción bíblica.

Parece ser que en todo el Mediterráneo se estaba gestando un auténtico *sincretismo*, en el cual, por cierto, no quedaban al margen algunas creencias *mistéricas* del paganismo que habían estado en boga. Tal el culto de Isis, por ejemplo que, procedente de Egipto, debió estar muy extendido, entre otros. Y esto a tenor de que los romanos acogieron para sí todos los cultos de los pueblos que conquistaban.

Pero si nos centramos ahora en una importante parcela del pensamiento cual es la *ética* entonces veremos la gran semejanza entre el pensamiento de los *estóicos*, (su apuesta por el ejercicio de *la virtud* (etc..)) y el propio sentir del naciente cristianismo. En lo ético, el cistianismo tomó todo lo que del pensamiento griego de los estóicos se venía decantando.

No es pues de extrañar la anécdota que ahora nos toca referir como final de esta comunicación.

Séneca, filósofo estóico de gran estima y gran personalidad en el mundo cultural de aquellos tiempos, era al mismo tiempo la persona más influyente, en el aspecto político, de la corte imperial de Nerón. (Naturalmente esto ocurría antes de producirse la famosa conjura contra dicho emperador, la cual produjo, como se sabe, la propia inmolación del filósofo). Pues bien, en aquellos tiempos en que Nerón no había dado muestras de tan pérfidas y criminales órdenes, ocurrían los hechos que vamos a referir. Los cristianos habían sido mandados encarcelar pues se veía este movimiento como peligroso (acaso simplemente "molesto" para los planes imperiales). Séneca protestó. El filósofo, movido, por su alto concepto de la dignidad humana, sostuvo que nadie debía ser perseguida por las ideas o creencias que tuviera. (Pensamiento que nos habla por sí solo del universal sentimiento noble del filósofo cordobés). El emperador, como tantas veces había ocurrido, tomó buena cuenta del consejo de su antiguo preceptor y dio orden de que fueran excarcelados todos los cristianos. Parece que entre los excarcelados se hallaba el propio San Pablo.

Como fuera, al correrse la noticia de que la excarcelación había sido posible gracias al consejo de Séneca éste debió ganar la natural simpatía entre los beneficiados por dicha orden. Un alma piadosa debió ser la que inventara, a raíz de estos hechos, unas cartas que se cruzarían entre el filósofo y el apóstol pero, naturalmente, éstas eran más hijas del buen deseo de los entusiastas seguidores de la nueva doctrina que en la realidad misma. Eran —hubo varias, igualmente apócrifas atribuidas a S. Pablo— fruto, decimos del entusiasmo de los creyentes. Acaso, viviendo ambos en Roma, nunca se conocieron. Pero esto nos da idea del respeto de que gozaban ambos grandes hombres, del deseo de todas las gentes buenas por hermanar, por así decirlo, las ideas más estimables y propiamente espirituales que se produjeron a lo largo de aquel primer siglo de nuestra era.